

Enigmas del cuerpo

Silvia Wainsztein

Nuestra época se caracteriza por promover entidades “comprobadas científicamente”, la certeza sobre ciertos fenómenos relativos al cuerpo del ser hablante, ese cuerpo que marcado por el lenguaje, más allá de las estructuras clínicas con las que pensamos nuestra práctica, no puede sostener certeza alguna que certifique una identidad, un diagnóstico, una respuesta única a los avatares por los que atraviesa el sujeto del cuerpo. Desde los inicios de su práctica, con los primeros desciframientos de los síntomas histéricos –cuyo origen al principio sitúa en el trauma de la sexualidad, rectificado cuando dicho trauma pasa al estatuto de fantasía–, Freud entiende que el inconsciente no existe sin incidencia sobre el cuerpo.

En *Más allá del principio de placer*, llama “pulsión de muerte” a un goce nocivo, al empecinamiento del sujeto por el sufrimiento, por un más allá que Lacan sitúa y conceptualiza en su teoría de los goces. Leídos en sus dos vertientes: por un lado, su componente signifiante le asegura al sujeto una imagen más allá de la vida y así hace pensable la muerte, la anticipa; por el otro, la cara nociva del goce, en relación con los fines homeostáticos del placer, refiere a que el goce no es deseable, no es la meta del deseo, sino todo lo contrario.

Entonces, el cuerpo se presenta como un enigma cuyo desciframiento será posible en la dirección de una cura... *Encore*.

El cuerpo se construye. Nadie nace con un cuerpo sino con un soma, que al estar marcado por el lenguaje que le preexiste y es transmitido por el Otro, en un futuro anterior podrá decirse que habrá habido sujeto del cuerpo. Esto es un límite a la creencia que uno maneja su cuerpo, a pesar de que siempre hay algo que escapa a la voluntad de quien lo porta y se topa con lo irreductible tanto del signifiante como de la imagen del yo.

La construcción del cuerpo es un hecho de discurso

Solo hay goce del cuerpo, dice Lacan en *Encore*, pero ello no implica el saber sobre el mismo, disyunción que la ciencia, la tecnología, la industria farmacéutica, no pueden cubrir, a pesar de aspirar a ello.

El enigma del goce del cuerpo aparece de formas diversas, de ese que propongo

nombrar “sujeto del cuerpo”, ese sujeto dividido entre el goce y el saber.

Como solo hay hechos si son dichos, cuando le atribuimos una singularidad a nuestro cuerpo, ese al que llamamos nuestro, del que Lacan dice es un regalo del lenguaje, lo hacemos diciéndolo desde el dicho. El cuerpo se presenta a recibir la marca significativa, a ser un lugar de inscripción a partir del cual podrá ser contado como tal.

¿Por qué alguien que resulta bello a la mirada de otros dice de sí que es horrible, o la inversa? A pesar de la perplejidad que esto puede producirnos, el enigma subsiste en ambos casos.

El sujeto está en el lenguaje desde antes de nacer, de tener un cuerpo, y permanece tras la muerte, de ahí que se empleen expresiones tales como “un responso de cuerpo presente”, que se realicen ritos funerarios de todo tipo, porque la duración del sujeto, sostenido por el significativo, excede la temporalidad del cuerpo.

Lacan cuestiona la afirmación freudiana “la anatomía es el destino”, a pesar de que para Freud la sexuación no es natural, porque entiende que el destino es el discurso, y eso es tan verdadero que toda la reelaboración que hace del Edipo es para decir que el sexo no es anatómico, que “hombre” o “mujer” es un asunto del sujeto y depende del modo en que cada uno se inscriba respecto de la función fálica.

El cuerpo del ser hablante es un cuerpo pulsional

Del cuerpo y de su goce, lo único abordable mediante el psicoanálisis, porque se habla, es ese objeto que nosotros llamamos “real”. Es real, pero no porque tenga la materialidad de un cuerpo, una extensión (que no tiene), sino porque, según la definición de Lacan, no puede ser aprehendido por el significativo, que gira a su alrededor, lo sitúa en un lugar determinado, pero no lo designa.

El objeto *a*, que es lo que se escribe, es lo más real del cuerpo, lo que lo torna en un enigma, ese que cada quien formula bajo la forma de los porqué que le atañen.

La asunción sexual no es definitiva ni contundente; su rasgo distintivo es la labilidad, tal como nuestra praxis testimonia. Si bien la pubertad, por la metamorfosis que conlleva, es el tiempo que propicia una identificación con alguno de los sexos, esta puede variar por alguna contingencia, inesperada para el propio sujeto, que le proporciona un goce inaugural en cualquier momento de la vida.

Nuestra época promete un cuerpo según los ideales de cada quien, que funcionan como el nuevo imperativo categórico, cuya moral nos ordena aceptar las diversidades sin ningún tipo de cuestionamientos, a pesar de sus efectos de segregación, que abundan.

En este orden de cosas, ¿será que el psicoanálisis tiene algo para decir acerca del transexualismo en la infancia (problema que aquí me interesa tratar), que por su proliferación parece haberse tornado un fenómeno habitual? ¿Es legítima la nominación “niño trans”? ¿Qué decir, de acuerdo con nuestra ética, ante una demanda de cambio de sexo, esa oferta de la ciencia sin la cual la demanda no existiría?

La frase con la cual se identifica el sujeto “trans” es: “Nací en el cuerpo equivocado”, certeza que busca ser convalidada por padres, educadores, cirujanos, médicos y juristas que recurren a la complicidad de psicólogos, con el agravante de dejar al niño el peso de una decisión, como si estuviera en condiciones de poder tomarla.

Lo sorprendente es que el decir de un niño, un varón que dice querer ser nena o una nena que dice querer ser varón, no genere inquietud, cuestionamiento. La anatomía no garantiza que alguien se asuma hombre o mujer. En la adolescencia, cuando el cuerpo está físicamente apto para el encuentro sexual, la imagen que de sí mismo que tiene cada uno de los *partenaires* es lo que va a determinar desde qué lugar se produce. Aun así, nadie sale de ese acto con una garantía de su identidad sexual. Debido a la labilidad, la elección sexual puede cambiar en cualquier momento de la vida, aunque hay diferencias tratándose de la infancia, la adolescencia, la madurez o la vejez.

En la escena del juego, un niño enuncia que quiere ser del otro sexo. Cuando se trata de niños psicóticos, su decir es leído desde la certeza de una identidad, fenómeno que caracteriza a la psicosis, y la paradoja es que la argumentación de dicha certeza “estabiliza” la estructura. Ahora bien, cuando un niño anuncia que quiere cambiar de sexo y es consentido por los padres y por aquellos a quienes estos consultan, ¿no imprimen acaso una marca de la cual podrá alguna vez cuestionarse el sujeto por venir? Si partimos de la hipótesis que la sexualidad humana es lábil, errática, la marca de la infancia no dejará lugar a la dimensión de la duda.

Relato de una madre

*Yo nena, yo princesa*¹ es el título de un libro que cuenta la historia de *Luana, la niña que eligió su propio nombre*, como se lee en la bajada. La autora, Gabriela Mansilla, es la propia madre del niño, que nos sorprende con el relato de su lucha para que la “verdadera identidad sexual” de uno de sus hijos fuese reconocida y certificada en el documento, ya que en nuestro país la ley avala y legitima estas demandas.

¹ Mansilla, Gabriela, *Yo nena, yo princesa*, Editorial UNGS, 2014.

Gabriela tuvo mellizos, pero a uno de ellos, Manuel, “algo no lo dejaba en paz”, demandaba más atención que el hermano, su mirada era distinta. A los dos años de ambos, al ver *La Bella y la Bestia*, Manuel se deslumbra con la Bella, baila como ella, se viste con ropas de su madre y comienza a pedir películas de princesas. Él es la Bella y su hermano es la Bestia. A la vez que se travestía cada vez que puede, aparecen el insomnio y una importante alopecia, aunque estas no son las únicas manifestaciones sintomáticas.

Según relata, el momento clave de la verdad del niño fue a los 20 meses, cuando dijo: “Yo nena, yo princesa”, que es cuando comienza el calvario: angustia, gritos, insomnio, la exigencia de Manuel de ser aceptado como “yo nena”, que solo se atenúa después de travestirse. Sobreviene una escalada sintomática. A los tres años se mordía, tiraba del pelo y golpeaba su cabeza contra la pared. Al azar, acuden a una psicóloga que desde su teoría conductista intenta adecuar al niño a su sexo biológico, impidiendo el travestismo, lo que agrava aún más los síntomas. Es entonces cuando interviene la tía de Manuel, hermana mayor de la madre, quien tiene un lugar relevante en la comunidad de mujeres que aceptan y reconocen de lo que se trata. Esta tía les indica ver un documental en el que una nena estadounidense aparece en escena diciendo: “Me llamo Josie. Soy una niña y tengo pene”. Para la madre, esa fue una revelación, una verdad certera: Manuel es una niña transgénero y tendrá que aceptar ser una niña con pene. “Transgénero” resulta ser un significante que da sentido y ordena la confusión reinante. A Manuel se le compran vestidos de nena, pelucas de cotillón que usa durante todo el día. El niño “transgénero” se rodea de nenas, dibuja nenas, quiere tortas con princesas y solo usa el color rosa, o sea que más que una niña, Manuel parece el estereotipo de una niña.

Según la madre, conoce a la perfección, y de manera rígida, los semblantes que identifican a una niña, ya que no puede fallarle al fantasma materno, por el lugar otorgado a este hijo a partir de lo que ella llama “la revelación de la verdad”.

Cuando Manuel elige llamarse Luana, igual que una compañerita del colegio, se autotitula y le dice a su madre: “Si no me llamás Luana, no te hago caso”. No se hace llamar Manuela, cambiando así su género, sino que al autotitularse rehúsa del nombre asignado, transmitido por el Otro, que constituye “[...] la relación con un deseo que no sea anónimo”.² Orgullosa, la madre dice que fue admirable cómo enfrentó al papá, que

² Jacques Lacan: “Dos notas sobre el niño”, en *Intervenciones y textos* 2, Ed. Manantial, Buenos Aires, 1988, pág. 56.

en un principio, atónito, se resistió hasta aceptarlo: “Encima, el nombre que eligió es lindo”. Pero poco duró esa aceptación: según él, la madre tiene la culpa por haber estimulado y consentido una aberración; según ella, su marido es un machista. En medio de las acusaciones cruzadas, el padre se va de la casa.

Como los síntomas subsisten, una nueva consulta. ¿Dónde? En un servicio de atención a la reasignación de género. Con absoluta certeza, la terapeuta les comunica a los padres que se trata de una nena trans, lo cual los alivia porque es la respuesta clara y precisa que estaban requiriendo. No hay lugar para las preguntas o cuestionamiento de esa certeza, que aparece en el diálogo íntimo entre Gabriela y su hijo.

Por ejemplo, durante el baño Manuel dice: “Yo no tengo penecito”, así que no se lo lava; como tampoco quiere hacer pis aparece la enuresis, a más de la encopresis y otros síntomas. Manifiesta el rechazo de su cuerpo como rechazo al signo “niña con pene”.

Un fragmento del diálogo marca un punto de inflexión para Manuel, pero es desoído y negado por su madre:

Manuel: ¿Vos tenés penecito, mamá?

Madre: No.

Manuel: ¿Qué tenés?

Madre: Vagina.

Manuel: ¿Valentina tiene penecito?

Madre: No, tu prima Valentina no tiene penecito.

Manuel: No es una nena diferente.

Madre: No, vos sos una nena diferente y está bien. A mí me encantaría ser una nena diferente.

Manuel: A mí me gustaría ser una nena común.

La respuesta materna a esas preguntas, que atañen a la investigación sexual infantil y delinean un esbozo de la diferencia sexual, obtura e impide el avance de las mismas. Nadie las pudo escuchar, ya que el imperativo del discurso de género que prevalece en nuestra época aplasta cualquier manifestación subjetiva articulada a la singularidad del deseo. Vuelto el nuevo ideal, al modo del superyó ordena gozar y no hace lugar a las vacilaciones del sujeto que cuestionan las certezas que se juegan en estos fenómenos.

A pesar de ser reconocida como una niña trans, de poder ir a la escuela con ropa de nena, los síntomas se agravan, se cumple el aforismo de Lacan: lo rechazado de lo

simbólico retorna desde lo real.

Un discurso de enunciados impide el surgimiento del sujeto de la enunciación, rehúsa del sujeto del inconsciente, y el niño se vuelve el gran Otro que puede decidir, desde el yo, bajo el peso del signo que el diagnóstico “niño trans” le impone.

Se forcluyen los enigmas del cuerpo y los fundamentos científico, estadístico y moral reducen la ética que el psicoanálisis descubre como ética del deseo.

¿No es acaso el niño quien aquí realiza el fantasma materno? No podemos dejar de escuchar la proliferación sintomática, pero es habitual que estos casos no consulten con un psicoanalista. Aun así, para nosotros es un desafío a abordar, siempre que nos atrevamos a cuestionar nuestra transmisión y podamos despojarnos de los propios obstáculos, de los propios prejuicios, lo que no implica sustituirlos por otros simétricamente opuestos.

Es por en el camino de la curiosidad, de esa virtud del sujeto, que la investigación sexual infantil se vuelve deseo de saber acerca del goce del cuerpo. Pero cuando el saber se antepone a la curiosidad, lo que se mata es el deseo.